

CARLOS SAGOT. Costarricense. Bachiller en filología española y licenciado en filosofía por la Universidad de Costa Rica. Profesor del Departamento de Filosofía, con servicio en el Centro de Estudios Generales, de la Universidad Nacional.



**REFLEXIONES EN TORNO
A "EL CASTILLO," DE KAFKA**

CARLOS SAGOT

"De Kafka nada tengo que decir, sino que es uno de los escritores más raros y más grandes de esta época. Además, fue el primero en llegar; la técnica que eligió responde en él a una necesidad. Si nos muestra la vida humana perpetuamente turbada por una trascendencia imposible, ello se debe a que cree en la existencia de esa trascendencia. Simplemente, se halla fuera de nuestro alcance, su universo es a la vez fantástico y rigurosamente verdadero."

Jean Paul Sartre.
(Situations I)

"El castillo es, quizá, una teología en acción, pero ante todo la aventura individual de un alma en busca de su gracia, de un hombre que reclama a los objetos de este mundo su secreto real y a las mujeres las señales del dios que duerme en ellas."

Albert Camus.
(El mito de Sísifo)

I

El Castillo es el libro donde el mundo kafkiano alcanza una mayor claridad y su madurez definitiva. La obra de Kafka es de difícil acceso, por cuanto siempre rompe la comunicación literal, para expresarse por la ausencia de la misma expresión de lo concreto, como dice Theodor Adorno. La mayoría de los críticos coinciden en que es simbólica, y como el símbolo en arte es multivalente, surge la confusión. Entonces se ha interpretado como mensaje de crítica social —el mundo moderno de la burocracia y las dependencias—, como novela psicológica, donde el psicoanálisis ve las estrechas relaciones de la obra con la vida de Kafka; como expresión del mundo judío, y hasta se la emparenta con El Quijote.

El movimiento existencialista ha querido ver en Kafka a uno de sus precursores en el campo de la literatura. Particularmente Sartre y Camus, han hecho su hermenéutica de lo absurdo en Kafka. Los personajes nunca hallan lo que buscan, y a veces no saben, como autómatas, lo que buscan y por qué. Permanecen en la incertidumbre constante, pero como si fuera lo corriente, sin la conciencia de su absurdo. Sin embargo, podríamos considerar esto

como una proyección de una mentalidad sobre la obra de Kafka, que no deba ser la interpretación decisiva. El mundo de Kafka es real, y lo que dice es lo que ocurre. Es una parábola del acontecer humano, como una biografía universalizada, y de allí su carácter simbólico y las consiguientes interpretaciones. Pues Kafka deja pensar lo que se quiera de ese acontecer del hombre deshumanizado.

Aparte las mencionadas interpretaciones, a lo largo de toda la narración, lo mismo que ciertos pasajes simbólicos y expresiones de los personajes, se deja entrever algo más que nos quiso “mostrar” el autor. Y por eso podemos hablar de esta novela como una alegoría de la existencia humana frente al problema de su destino. Entonces, encontramos dos planos: el mundo narrado, que evidentemente se mueve dentro de una crítica social, lo absurdo de la burocracia, y que corresponde al acontecer cotidiano (la aldea, los problemas de los habitantes y particularmente de “K” con el castillo y su burocracia), y el otro plano que nos comunica la obra: el metafísico encarnado en esta vida cotidiana: el problema del hombre en su situación de interminable búsqueda de algo que no llega, algo inasible que puede ser el dios, lo absoluto, lo infinito, el sentido del acontecer humano y del mundo, en suma, su verdad.

Desde este punto de vista, el autor logra comunicar la experiencia existencial en lo que ésta tiene de íntima y peculiar, hallando en el arte —el mundo novelesco— el vehículo de su expresión, atrapando así al lector más intensamente de como lo lograría el solo discurso filosófico.

Por otra parte, no podemos olvidar la íntima conexión del clima espiritual de esta obra, con la situación existencial de Kafka.

“En mi vida he emprendido camino que me haya conducido a parte alguna. Ha sido como si se me hubiese dado igual que a cada uno de los hombres el centro del círculo, como si hubiera tenido que trazar con mis pasos, igual que cada hombre, el radio definitivo y luego la hermosa circunferencia. Sin embargo, una y otra vez he tomado carrerilla para trazar el radio y siempre he tenido que pararme enseguida (por ejemplo, piano, violín, lenguas, carrera de filología germánica, antisionismo, hebreo, jardinería, carpintería, literatura, matrimonio, casa propia). Uno se queda petrificado en el centro del círculo imaginario de donde arrancan los radios sin dejar sitio para nuevos ensayos.”¹

Estas líneas de su “Diario”, escritas poco antes de escribir *El Castillo*, revelan la angustia de Kafka ante su tener que decidir por un camino que le lleve a alguna parte. En el mismo enero de 1922 en que escribía esos pensamientos, comenzó la redacción de *El Castillo*. Sin embargo, ésta será una marcha sin avance, como testimonia él mismo en su *Diario*. El protagonista “K” nunca logrará el fin de su empresa.

Kafka, entonces, nos comunica de un modo velado su situación

angustiante como ser en este mundo.

En las siguientes líneas, trataremos de descubrir en el mundo de El Castillo, los temas e inquietudes propios del existencialismo y la manera como Kafka plasma literariamente.

II

“K” es un agrimensor, es decir, el que mide las tierras. A partir de aquí podemos observar dos aspectos del protagonista, de carácter universal: es un hombre sin nombre, tan sólo una letra mayúscula, que puede ser Kafka o cualquier ser humano. Además, es el hombre que traza límites, que busca medir los predios de su mundo. A través de toda la obra, este personaje busca encontrar su definición como tal hombre agrimensor, de una manera obsesiva.

Pero se mueve en un mundo inseguro, incierto, contra el cual lucha obstinadamente, de principio a fin. Todas las circunstancias hacen creer que la búsqueda de “K” es absurda. Los habitantes de la aldea le dicen de la imposibilidad de su empresa.

Cuando “K” llega a la aldea, desde ese momento es un extraño que ha llegado extraviado; pero a la vez conoce su misión y su papel en ese lugar. Desea ser nombrado agrimensor por mandato del castillo. Pero su estadía en la aldea, y todas las relaciones que allí establece miran hacia un fin: el llegar al castillo.

El castillo se nos presenta aquí como algo inalcanzable por siempre. Cuando el protagonista llega a la aldea, sólo brumas y tinieblas logra divisar hacia arriba, en la nevada aldea. Más adelante después de un vano intento de llegar al castillo, caminando por una senda que se vuelve confusa y lo desvía de su fin, “K” observa a lo lejos su meta ansiada: “Allí estaba el castillo —su contorno ya empezada a desvanecerse—, quieto como siempre; jamás había visto “K” en él el menor indicio de vida, quizá ni siquiera era posible distinguir nada a esa distancia; y sin embargo, los ojos exigían esos indicios y se resistían a tolerar esa calma (. . .) cuanto más miraba, menos distinguía y más se hundía en el crepúsculo”.²

El castillo, por lo tanto, es el símbolo de lo inalcanzable, que puede ser entendido como Dios, lo trascendente, el camino, o si no, el esclarecimiento del destino del hombre.

“K” nunca logra ponerse en un contacto real y evidente con el castillo. Cuando habla por teléfono, escucha coros, voces y ruidos extraños, indescriptibles, indescifrables. Los mensajes que recibe, son dudosos y ambivalentes para la certeza que espera “K”.

Sin embargo, este hombre que trata de barruntar su enigma indescifrable

vuelve una y otra vez en su lucha, interesándose únicamente por aquéllos o aquello que lo lleva a una comunión con el castillo. Estos pocos datos, a los cuales "K" se aferra incansablemente, son los hilos de los cuales pende su esperanza.

"El castillo, allá arriba, ya extrañamente obscurecido, que K esperaba alcanzar todavía ese mismo día, volvió a alejarse. Pero como si, con motivo de esa provisoria despedida, aún hubiera de darle una señal, resonó allí una alegre campanada; fue el sonido de una campana que, aunque sólo por un instante, le estremeció el corazón, tal como si se cerniese sobre él la amenaza —porque ese toque era también doloroso— de la consumación de aquello que inciertamente anhelaba."³

Esa comunicación de lo que "inciertamente anhelaba", lo incierto pero que se busca, manda una campanada que basta para mantener la esperanza de "K".

Cuando conoce a Barnabé, el mensajero, se aferra a él como a una vana ilusión, como otra nueva esperanza de lograr contacto con el mundo del castillo. Sus mensajes son enigmas, como ocurre con la primera carta que le trae Barnabé del castillo:

"Esta no era uniforme; había en ella pasajes en que se le hablaba como a un hombre libre y cuyo albedrío se reconocía: tal el encabezamiento, tal el pasaje referente a sus deseos. Pero había también pasajes donde se lo trataba, ya abierta, ya embozadamente, como a un pequeño obrero, apenas perceptible desde la sede de aquel jefe."⁴

Los viajes de Barnabé al castillo son el asidero de "K" por un tiempo, hasta quedar defraudado ante la incertidumbre de lograr algo con un mensajero que es sólo aparente. Estos son los signos que van y vienen del mundo al hombre, y que son el sustento de una fe inquebrantable en algo que no se sabe si es o no es.

"K" entra en relaciones de interés solamente con aquellos personajes que espera que lo guíen de una u otra manera al castillo. A este respecto, cabe señalar su desprecio por los dos ayudantes, que sólo distraen y tratan de divertir a "K" con sus banalidades, hasta que por fin son arrojados del entorno de "K".

Frieda, la amante de Klamm, se convierte en la compañera de "K", por cuanto éste mira en aquélla el reflejo de aquel personaje, que se torna el centro de interés de "K", por ser un personaje muy importante del castillo.

El amor aquí viene a ser una búsqueda también. Búsqueda de la realización y descubrimiento de esa plenitud anhelada por "K", que espera encontrar en Frieda. Pero en el caso del protagonista, esa relación no conduce a nada, así como también Kafka no pudo lograr nunca la plenitud de un amor y pronto los lazos son rotos. Todos los personajes de la novela, excepto "K", están alienados. La autoridad del castillo la aceptan sin





cuestionarla o no se plantean el problema. Por esta razón se siente totalmente solo. Su soledad no sólo es frente al mundo silencioso y enigmático del castillo, sino frente a los demás. Porque sólo “K” es auténtico en su lucha existencial. “K” mira a los demás personajes como una sola cosa, muy parecidos y sencillos todos, envueltos dentro de la maraña de lo cotidiano. Ante “K”, los otros reaccionan haciéndolo a un lado y evadiendo sus preguntas: el maestro se alarma cuando “K” habla del castillo frente a los niños de la escuela, porque lo considera subversivo para sus mentes. La mesonera del puente halla en “K” un hombre raro y antagoniza abiertamente con “K” y sus proyectos. Frente a este mundo humano, enajenado en la autoridad burocrática, “K” no encuentra respuesta alguna. Todas las afirmaciones de las gentes resultan ser leyendas sobre los diferentes funcionarios del castillo. Son sólo las conjeturas racionales que no acercan al hombre a una relación directa con lo que espera.

En algunos momentos, “K” se da cuenta de lo absurdo de su condición: “no había, al mismo tiempo, nada más absurdo, nada más desesperado que esa libertad, esa espera, esa inmunidad”.⁵

En su soledad, “K” siente su libertad, cuando no está ante la vista de ningún funcionario, de ningún servidor del mesón señorial. Pero experimenta el absurdo de esa libertad que sólo encuentra un vacío como respuesta. Sin embargo, una y otra vez “K” se levanta y prosigue su búsqueda de los indicios del castillo. Si “K” llega a interesarse por la familia de Barnabé, a través del relato de Olga, es por la similitud de su situación con respecto al castillo. Analia es el único personaje que ha desistido de la espera: “Nosotros sólo veíamos las consecuencias, ella vio el origen, el fondo, nosotros esperábamos cualesquiera pequeños medios: ella sabía que todo estaba decidido; nosotros podíamos estar cuchicheando: a ella tan sólo le quedaba el silencio; ella permanecía cara a cara con la verdad, y vivió y soportó esa vida entonces como hoy”.⁶

Esto dice Olga de su hermana, quien no quiso luchar más, mientras que los otros de la familia necesitaban de una esperanza, una fe: “Nos deshicimos a la fuerza de su orden tácito, pues ya no podíamos seguir viviendo así, no podíamos vivir carentes de toda esperanza, y, cada uno a su manera, comenzamos a suplicar y a importunar al castillo, impetrando su perdón”.⁷

“K” tampoco se interesa por Pepi, la sustituta del puesto de Frieda en el mesón señorial, pues aunque ocupa ahora un lugar parecido al anterior de Frieda, no le ofrece ninguna posibilidad de realizar su anhelo incierto.

¿No le ha importado que Frieda fuese más delgada, más avejentada, menos bella, pues consideró esto naderías, a la par de su inclinación “por algo que es mucho más grande”, las verdades más elevadas?

Pepi, finalmente, le ofrece a “K” que se vaya con ella, al cuarto que ocupa en el mesón. “K” no acepta por el mundo de apariencias en que se mueve

esta nueva camarera. “K” pregunta a Pepi sobre cuándo llegará la primavera, símbolo de luz de nuevos días de certidumbre y alegría.

“¿Para la llegada de la primavera?, repitió Pepi. El invierno es largo en nuestra región (. . .) Bien, alguna vez llega, por fin, la primavera y el verano, y todo llega sin duda a su tiempo; pero ahora, en el recuerdo, la primavera y el verano aparecen tan breves como si no fuesen mucho más que dos días, y aun durante esos días, aun penetrando en el más hermoso de todos los días, cae también a veces la nieve.”⁸

“K” halla en la respuesta de Pepi el predominio de lo oscuro, de lo problemático, de la nieve que siempre cubre la aldea, y lo fugaz de esos momentos de claridad. Finalmente la abandona.

Al salir del “mesón señorial”, “K” se topa de nuevo con la mesonera. La obra concluye con que “K” sólo mira de ésta sus vestidos, pues su único objetivo es “vestirse lindamente”. El vestido es lo que cubre, lo falso, lo que se aparenta. “K”, una vez más no recibe de ese mundo más que la apariencia, y se va ahuyentado por la mesonera.

De esta manera, la obra concluye sin haber logrado “K” su objetivo. De hecho, Kafka dejó la obra inconclusa, pues a partir de las páginas del capítulo XVIII —el antepenúltimo— se interrumpe la versión original. A partir de allí, se han agregado los manuscritos —borradores— conservados por Max Brod. Pero el tono general de la obra, y la situación en que se encuentra “K” —la misma situación que vivió Kafka— hacen suponer que la novela no podría tener otro fin más que lo inconcluso. Se da de esta manera, un curioso paralelismo de forma y fondo: lo inconcluso de la obra va unido a la respuesta no encontrada por “K”.

III

El castillo, como obra literaria, posibilita la visión, a través de símbolos apropiados, del mundo personal de Kafka, y, a la vez, la experiencia de lo absoluto como algo inconmensurable. Al decir “lo absoluto”, podemos pensar en lo trascendente o en lo que el hombre piensa que se esconde tras lo contingente. Si bien podemos interpretar la lucha de “K” como una búsqueda de su definición como hombre, no debemos olvidar que el hombre también se define por su relación con el mundo, y con lo metafísico. “K” sólo lograría su certeza existencial hasta develar el enigma del castillo.

Todos los elementos y recursos de la obra tienden a inmiscuir al lector dentro de esa atmósfera de incertidumbre, de misterio, que rodea “K”: los objetos, el paisaje, siempre parecen distantes, a través de brumas, tinieblas, oscuridad, medialuz. La nieve cubre totalmente la aldea, y arriba, del castillo, sólo sabemos las conjeturas que hacen los aldeanos.

Otro factor que nos hace partícipes de la inseguridad de “K” es el uso de un “narrador omnisciente”, pero limitado al ángulo de visión del protagonista. No sabemos nada más de lo que sabe “K”; con él vemos a través de su mundo. Si el narrador diera mayores explicaciones de lo narrado, y pusiera al lector en un claro conocimiento de lo que ocurre, significaría que Kafka supone un hombre que sabe con certeza lo que ocurre en torno a “K” —el narrador, en este caso—. Pero como la obra parte de la angustia, como se trata del mundo de lo humano, permanece todo oscuro para nosotros, y sólo conocemos lo que “K” conoce.

En realidad, al hablar de “angustia existencial” en esta obra, hay que señalar que rara vez se nos comunica ésta en el protagonista. La angustia existencial aparece más evidente en la familia Barnabé, mas “K” no es un hombre consciente de su absurdo, no se angustia, como sí puede experimentar el lector. Porque, cómo no preguntarnos: “¿Ese ser no seré yo?”.

El autor intensifica los aspectos de búsqueda incierta del mundo de lo humano, de tal manera que obliga a sentir el silencio de los espacios abiertos. Con razón afirma Albert Camus que “esos autómatas inspirados que son los personajes de Kafka, nos dan la imagen de lo que seríamos nosotros privados de nuestras diversiones y entregados por completo a las humillaciones de lo divino”.⁹

Porque en realidad “K” es humillado. Es una ficha de juego del destino que mueve el castillo. Este personaje nos inspira compasión y a la vez nos cansa su obstinación, su perseverancia tan seria, frente a la banalidad de los demás personajes.

Si hay situaciones y varios elementos extraños, casi oníricos, en la obra de Kafka, es por la profundidad con que mira el autor las cosas, por un ángulo de visión que va más allá de lo común, de lo cotidiano, y sin embargo insertado en esa vida de todos los días. Esto viene a explicar lo absurdo, lo extraño de ciertos personajes de la novela (por ejemplo cuando “K” llega extraviado a la aldea, y luego dice ser llamado como agrimensor) pues es claro un contenido de lo absurdo de la condición humana, cuando se pretende buscar un sentido a todo.

Aun cuando Kafka nos plantea lo absurdo en términos del ateísmo, a través de la narración, sentimos a “K” como un ser absurdo. Todos sus intentos de llegar al castillo son frustrados . . . y prosigue en su lucha.

No se niega la existencia de una trascendencia, pues el castillo está allí, y “K” va a su encuentro, barruntando todos sus signos. Pero aquí aparece lo absurdo: un hombre que busca y actúa frente a algo que no conoce, de lo que no tiene noticia segura, y a la vez se siente compelido a continuar tras lo infinito, encontrando sólo la finitud dentro de sus días de constancia caída. Ocurre en “K” el choque del impulso subjetivo frente a lo objetivo desengañador. Pero el castillo permanece allí y se dan ciertos nexos con el

mundo de lo concreto, la aldea.

“K” recibe ciertos mensajes; observa ciertos hechos y realidades referentes al castillo. Pero de éste en sí, no logra llegar a saber nada seguro, y sin embargo confía en su existencia.

Finalmente, Kafka hace patente la desconfianza en el saber, en sentido abstracto y práctico, para esclarecer los problemas de su existencia: “pero al tener que emplear en la práctica su saber entra de algún modo, en un movimiento falso; comienza a girar y su saber se burla de él. Al fin y al cabo, es probable que todo esto encuentre su causa en el hecho de que él no sea del lugar. Y por eso, sin duda, no progresan tampoco sus asuntos”.¹⁰

Ese “no ser del lugar” parece ser el planteamiento general de la obra. El hombre llega a un lugar, para preguntarse y definir algo que no puede definir.

BIBLIOGRAFIA

- Adorno, Theodor W: “Apuntes sobre Kafka”. *Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad*. Barcelona; Ariel, 1962.
- Camus, Albert: *El mito de Sísifo y El hombre rebelde*. Buenos Aires; Losada, 1970.
- Dávila, José Juan: “En torno al contenido de El Castillo de Kafka”. *Asomante*. V. 18, No. 4, 1962.
- de Torre, Guillermo: *Ultraísmo, Existencialismo y Objetivismo en Literatura*. Madrid; Guadarrama, 1968.
- González Porto, Bonpiani: *Diccionario Literario*. Barcelona; Montaner y Simón S.A., 1967, T. III y XI.
- Kafka, Franz: *El castillo*. Argentina; Emecé Eds., 1972.
- Robert, Marthe: *Kafka*. Buenos Aires; Paidós, 1969.
- Wagenback, Klaus: *Kafka*. Madrid; Alianza Ed., 1970.
- Wahl, Jean: *Historia del existencialismo*. Buenos Aires; Dédalo, 1960.
- Waltser, Martín: *Descripción de una forma*. Buenos Aires; Losada, 1970.

NOTAS

1. Wagenwach Klaus. *Kafka*. (Ver notas bibliográficas al final).
2. Kafka, Franz. *El Castillo*, p. 113.
3. Idem, p. 26 (Subrayado mío).
4. Idem, p. 34.
5. Idem, p. 122.
6. Idem, p. 235.
7. Idem, p. 236.
8. Idem, p. 347.
9. Camus, Albert. *El mito de Sísifo y El hombre rebelde*.
10. Kafka, Franz. Opus. Cit.,pág. 354.